

# El pobre es la interrupción del tiempo

Daniel Barreto

ISTC

**E**l tiempo no es un asunto físico, sino ético. Esta es una de las aportaciones de Franz Rosenzweig y Emmanuel Levinas a la filosofía contemporánea. En la liberación del tiempo respecto de su cárcel espacial, en su reducción a espacio, estos pensadores judíos no estaban solos. Puede decirse que, junto al «giro lingüístico», la mejor filosofía del siglo XX dio un «giro temporal», descubrió el tiempo. Por ejemplo, Henri Bergson, Husserl o Heidegger dedicaron importantes esfuerzos a mostrar la evidencia de que el tiempo es la experiencia no objetiva de un fluir cualitativo<sup>1</sup>. Limitar el tiempo, como hacen los relojes, a una función del espacio, significa una enorme distorsión de la experiencia. La esencial heterogeneidad del ser, como decía Antonio Machado, remite a la alteridad del tiempo.

Junto a esta recuperación fenomenológica de la experiencia del tiempo, Rosenzweig y Levinas dan un paso más allá. Lo temporal es aquello que no tiene su razón de ser en sí mismo<sup>2</sup>. «El tiempo es el otro»<sup>3</sup>. Y mi relación con el otro es de responsabilidad y acogida. Abordar filosóficamente el tiempo, con un pensamiento nuevo que no deduzca la realidad del concepto, significa pensar la ética, el sentido de la responsabilidad.

El otro es el tiempo porque su rostro me interpela. La relación con el otro no es la relación con un objeto que poseo, produzco y controlo según mi voluntad o la proyección de mi pensamiento. El otro, su rostro, es una mirada de auxi-

---

<sup>1</sup> Cf. Emmanuel Levinas, *Entre nosotros*, trad. J. L. Pardo, Pre-Textos, Valencia, 1993.

<sup>2</sup> Cf. Gérard Bensussan, *Le temps messianique*, Vrin, París, 2001.

<sup>3</sup> Franz Rosenzweig, *El nuevo pensamiento*, trad. I. Reguera, Visor, Madrid, 1989.

lio. Su desnudez significa vulnerabilidad. La posibilidad de interrumpir la inercia que reduce mi ser a la autoprotección y la perseverancia egoísta, es la acción a favor del rostro del otro. La novedad del tiempo tiene su origen en una llamada que viene de afuera. La respuesta, cambia mi identidad y el curso inercial del mundo. La novedad es atestiguada en lo impredecible de mi acción. Algo inédito puede suceder en el mundo porque mi acción responde a una exigencia de auxilio. Puedo cambiar el mundo, aunque sea mínimamente, introducir una novedad en él, si respondo a la alteridad del otro. El cambio hace correr el agua estancada de mi egoísmo. La tensión del instante procede del carácter imposterable de la respuesta. La intervención novedosa no pudo ser planeada por completo, no estaba a la espera según un programa consciente. Renovar el tiempo es posible si abrimos los ojos a quien sufre injustamente. «Pobre» es quien sufre una injusticia material, económica, social y política. Podemos inscribirlo en una categoría mayor, que lo engloba, la categoría de víctima<sup>4</sup>.

El tiempo que vuelve invisibles a los pobres es aquel que ha renunciado a introducir una novedad en el mundo. Donde el hombre aparta las manos y renuncia a intervenir, lo siempre igual repite su ley inexorable. El tiempo se anula a sí mismo. Dos de las figuras principales del tiempo que vuelve insignificante al pobre son el eterno retorno y el progreso. En el círculo del eterno retorno no hay novedad verdadera. Todo lo que sucede ya habrá tenido lugar y será para siempre. La repetición convierte al hombre en un engranaje del destino. El eterno retorno es un mito porque entroniza la sucesión indefinida como liquidación de la libertad humana.

El tiempo del progreso, aunque en principio parece oponerse a la reiteración de lo siempre igual –pues cambia el círculo por la línea–, en el fondo viene a ser otra versión del tiempo mítico. La ida de progreso surgió a finales del siglo XVIII en el seno de la concepción ilustrada de la historia. La autonomía de la razón significaba suspender la autoridad de las tradiciones. ¿Qué hacer entonces con el pasado?<sup>5</sup> La respuesta fue vaciarlo de sentido y reducirlo a mera preparación del presente. Del pasado solo interesa lo que, evolutivamente, contenía el despliegue de lo que ha llegado a ser. Igualmente, el futuro no podía traer sino el desarrollo lógico y sin saltos del presente. El carácter indefinido de esta evolución vuelve cada instante indiferente. El hecho de que todo vaya a mejor sin interrupción, convierte el tiempo progresivo en un mito donde

<sup>4</sup> Seguimos aquí la definición de «víctima» que propone Reyes Mate, *Tratado de la injusticia*, An-thropos, Barcelona, 2011, pp. 210-212.

<sup>5</sup> Cf. Daniel Barreto, «Crítica a la ideología del progreso en Rosenzweig», en José Antonio Zamora y Alberto Sucasas (eds.), *Memoria-política-justicia. Homenaje a Reyes Mate*, Trotta, Madrid, 2010, pp. 235-245.

no queda lugar para la libertad. Por eso la acción humana libre coincide con la alteridad del tiempo.

Las figuras míticas del *continuum* sin tiempo humano –el eterno retorno y el progreso– no son sólo categorías filosóficas. Su estructura mítica reaparece en numerosos fenómenos de la sociedad y la cultura contemporáneas. La moda, por ejemplo, según señaló Walter Benjamin, tiene un contenido propiamente mítico que expresa el encierro del eterno retorno. En el movimiento de la moda lo nuevo es una reaparición espectral de lo viejo; su novedad apenas dura lo suficiente antes de quedar obsoleta y ser sustituida por otra antiquísima y ficticia «novedad». El constante paso de lo nuevo a lo viejo y de lo viejo a lo nuevo es –en los sueños del consumidor pasivo– la imagen perfecta del eterno retorno.

Del mismo modo, el mito del crecimiento económico como razón sacrosanta de todas las decisiones políticas que barren como daños colaterales los sufrimientos humanos, reproduce la lógica del tiempo progresivo. El crecimiento se imagina infinito. Para ello se vuelve imperativo el consumo sin tregua de productos innecesarios que requieren producir su propia obsolescencia. Presentar el crecimiento como destino es también contribuir a la muerte del tiempo humano.

En oposición al eterno retorno y al progreso, uno de los textos que mejor pueden ayudar a comprender una vivencia alternativa del tiempo son las *Bienaventuranzas*, especialmente en la versión del Evangelio de Lucas. Según la interpretación del teólogo dominico Tiemo Rainer Peters, el Sermón de la Montaña no tiene un sentido espiritualizante, sino que habla ante todo de la miseria real. T. Rainer Peters llama la atención sobre la etimología de «selig», la palabra empleada en alemán para traducir «bienaventurado». El término estaría emparentado con «säl», y, por tanto, con *Zeit*, «tiempo». *Las Bienaventuranzas* remiten a un acontecimiento en el tiempo concreto. Escribe Peters:

Bienaventurada sería la aptitud recibida [*Begabung*] para el ahora, para el reconocimiento de los «signos de los tiempos» [...]. Aquí, en medio de la miseria reinante, precisamente en lo negativo de los «privilegiados» negativos, puede la fe reconocer el reino que viene, que no pertenece al pasado y tampoco al futuro, ni tampoco a este mundo ni al de más allá, sino al tiempo. Comienza –y solo así comienza– cuando uno se sitúa ante él sin dilación<sup>6</sup>.

Ser bienaventurado consistiría entonces en la capacidad para actuar sobre el *continuum* del tiempo. Ser bienaventurado es poder interrumpir el

---

<sup>6</sup> Tiemo Rainer Peters, *Gott ist ein Zeitwort. Weltliche Schriftlesungen*, Grünewald, Alemania, 2012, pp. 51-52.

tiempo, introducir la novedad en el mundo. Para lograrlo hay que colocar la mirada del pobre en el centro de la realidad. Por eso, si hay un tiempo nuevo, si el tiempo no es más de lo mismo en su trágica repetición, es gracias a la respuesta que demos a la pobreza. El pobre, si de verdad abrimos los ojos a su pobreza, es la interrupción del tiempo.

Según Tiemo Rainer Peters, el reino del que habla Jesús no pertenece ni al pasado ni al futuro. Esto significa que no podemos instalarlo en un perdido paraíso ideal, como harían los románticos (quienes, como señala Robert Kurz, invierten la valoración, pero no el esquema de la ideología del progreso)<sup>7</sup>; pero tampoco en el futuro que vendrá por el propio autodespliegue de la historia. Aquí habría que diferenciar, con Jacques Derrida<sup>8</sup>, entre «futuro» y «porvenir». El futuro está contenido por entero en el presente, se desarrolla como proceso sin novedad ni sorpresa. En cambio, el porvenir apunta a una alteridad desconocida. El futuro llega a ser. Por el contrario, el porvenir adviene. Tiemo Rainer Peters llama al reino «kommende» (*kommende Reich*), el que está viniendo como tiempo. Se trata de señalar una específica conexión entre el presente inmediato y el porvenir.

El filósofo Reyes Mate, para mostrar el sentido de la «pobreza de espíritu» en la experiencia bíblica del tiempo, también recurre a las *Bienaventuranzas*. Es en su conexión con la apocalíptica judía donde podemos captar su sentido genuino. Lo que distingue a la fe de Israel es su incapacidad para enmascarar o aliviar el sufrimiento injusto con un relato mítico. La poetización o idealización normativa de la injusticia individual en un orden imaginario mayor es imposible para la fe judía. Su esperanza no cierra los ojos ante el dolor ajeno, sino que lo convierte en una pregunta directa a Dios. La fe de Israel tiene los pies en el suelo y los ojos abiertos.<sup>9</sup> Es una fe enraizada en la concreción histórica. La esperanza en la justicia mesiánica es para el momento próximo. Como escribió Walter Benjamin, «para los judíos cada segundo era la pequeña puerta por la que podía entrar el Mesías»<sup>10</sup>. Esta es la tensión temporal que permite comprender la paradoja del acoplamiento sin transición entre presente y porvenir en las *Bienaventuranzas*. El impulso para una acción transformadora procede de los ojos abiertos a la injusticia concreta. Reyes Mate propone una interpretación próxima a la de Tiemo Rainer Peters:

<sup>7</sup> Cf. Robert Kurz, *Blutige Vernunft. Essays zur emanzipatorischen Kritik der kapitalistischen Moderne und ihrer westlichen Werte*, Horlemann, Bad Honnef, 2004.

<sup>8</sup> Cf. *D un ton apocalyptique adopté naguère en philosophie*, Galilée, París, 2005.

<sup>9</sup> Cf. Johann Baptist Metz, *Memoria passionis*, Sal Terrae, Santander, 2007.

<sup>10</sup> Traducción de Reyes Mate en su libro *Medianoche en la historia*, Trotta, Madrid, 2006.

[...] ¿no sería más lógico reconocer que quien vive la desgracia es un desgraciado? ¿Por qué ligar la bienaventuranza al presente y no al futuro, cuando sean felices? No veo otra explicación que el convencimiento de que solo resaltando la subjetividad del desgraciado se pueden movilizar las fuerzas propias y de los demás contra las condiciones que la niegan [...] Lo que este modo de pensar no acepta es que la justicia se posponga a la otra vida, ni que el que llora o tiene hambre tenga lo que se merezca, sea lo que tiene<sup>11</sup>.

La *Carta de la cárcel Birmingham* escrita por Martin Luther King en 1963<sup>12</sup>, permite comprender la experiencia del tiempo que ponen en juego las *Bienaventuranzas*. El punto de llegada es la relación entre la necesidad de justicia y el ahora. Ese «ahora» es el mismo que el de Lucas. La carta de King ha sido leída como un documento ético-político de primer orden sobre la desobediencia civil y la respuesta ética a las leyes injustas. No obstante, y sin ser ajenas a la cuestión de la desobediencia, la carta contiene también una crítica al mito cómplice de la injusticia y una experiencia directa de la renovación ética o «creativa» (como dice el propio King) del tiempo.

Durante su estancia en la cárcel de Birmingham, King leyó una declaración firmada por ocho líderes religiosos de Alabama (que incluía a obispos, rabinos y reverendos) en la que los autores desaprobaban la opción del grupo de King por la acción directa no violenta y la desobediencia civil. Se habían precipitado en exceso. Había que esperar, tocaba ser prudente<sup>13</sup>. La vía para cambiar el sistema de la segregación debía ser las negociaciones graduales y nunca la desobediencia de la ley. El momento de los grandes cambios no había llegado todavía. Las transformaciones bruscas y sin control desembocarían fácilmente en el caos social. Sin embargo, King responde en su carta que la injusticia urge, no puede esperar:

Llevo años oyendo la palabra «¡Espera!» Suena en el oído de cada negro con desgarradora familiaridad. Este «Espera» ha significado casi siempre «Nunca». [...] Tal vez les resulte fácil decir «Espera» a aquellos que nunca han sentido el oscuro aguijón de la segregación [...] cuantos hayáis visto a la gran

<sup>11</sup> Reyes Mate, «La renuncia como gesto apocalíptico», en J. M. Laboa, V. Vide y R. Mate, *El valor de una decisión. De Benedicto XVI a Francisco*, PPC, Madrid, 2013, p. 147.

<sup>12</sup> Martin Luther King, «Carta desde la prisión de Birmingham», en Antonio Lastra (ed.), *Desobediencia civil. Historia y antología de un concepto*, Tecnos, Madrid, 2012, pp. 287-307.

<sup>13</sup> Escribe Luther King a los religiosos de Alabama: «Uno de los puntos básicos de vuestra declaración es que la acción que mis asociados y yo hemos emprendido en Birmingham es inoportuna. Se nos ha preguntado: “¿Por qué no habéis dejado a la nueva administración *tiempo* para actuar?”» [la cursiva es nuestra], *op. cit.*, p. 291.

mayoría de vuestros veinte millones de hermanos negros asfixiándose en la jaula hermética de pobreza en medio de una sociedad opulenta; [...] cuando estéis siempre luchando contra el sentimiento degenerante de ser una nadería entonces podréis comprender por qué encontramos difícil esperar<sup>14</sup>.

Por eso replica que el momento de la justicia es «ahora»<sup>15</sup>. La afirmación puede entenderse de dos maneras. Primero, en el sentido evidente de que no podemos esperar, es momento de actuar. Pero también cabe leer la frase al revés. El momento en que nos decidamos a actuar se convertirá en un instante novedoso o en una interrupción de la monotonía temporal del mito. Es el propio King quien llama «mítico» al tiempo en que impera la injusticia<sup>16</sup>. La justicia es interrupción y comienzo del tiempo.

El «ahora» de las *Bienaventuranzas* en el Evangelio de Lucas tendría un sentido semejante al «ahora» de Luther King en Birmingham. Fijémonos bien en que la afirmación de King no significa, como un mero acto de habla constataativo, que ahora, en este momento, está ocurriendo o se está haciendo justicia. La frase no describe un hecho del mundo que esté sucediendo ante nuestros ojos. Al contrario, la descripción del mundo que corresponde al «ahora» de la justicia es la de una injusticia insoportable que clama al cielo. De hecho, como escribe el propio King, «Birmingham es probablemente la ciudad más minuciosamente segregada de los Estados Unidos. Su horrible marca de brutalidad es ampliamente conocida. Los negros han experimentado un trato extremadamen-

<sup>14</sup> *Op. cit.*, pp. 292-293.

<sup>15</sup> «Debemos usar el tiempo creativamente, en el conocimiento de que el tiempo está siempre maduro para las buenas obras. Ahora es el momento de realizar la promesa de la democracia y de transformar nuestra elegía nacional pendiente en un salmo creativo de hermandad», *op. cit.*, p. 298. Es de enorme interés llamar la atención sobre el hecho de que en el fragmento citado la democracia está a la vez asociada a la promesa y a la fraternidad. La democracia está orientada a la promesa de una fraternidad por venir. La noción de democracia, como ha visto Jacques Derrida, ha adquirido una dimensión mesiánica que trasciende el mero concepto político; cf. Derrida, *Políticas de la amistad*, trad. P. Peñalver y F. Vidarte, Trotta, Madrid, 1998. Y no era ajena a esta idea de democracia la posición ético-política que José Luis L. Aranguren reclamaba para el intelectual, la «democracia como moral»: «democracia concebida como incesante proceso de democratización, democracia como moral, democracia como tarea de la razón utópica», *España: una meditación política*, Ariel, Barcelona, 1983, p. 131.

<sup>16</sup> Por ejemplo en *op. cit.*, pp. 296 y 297. En su crítica a los tibios, a los moderados que supuestamente expresan su buena voluntad en contra de la segregación, pero luego recomiendan esperar y preservar el *status quo* para evitar desorden, Luther King describe el tiempo mítico de quien se pliega a la historia y nada a favor de la corriente. En suma, aunque no diga el término, desvela la ideología del progreso: «Tal actitud [la de los religiosos y progresistas moderados que recomiendan esperar] proviene de una trágica falsedad acerca del tiempo, de la noción, no muy racional de que hay algo en el mismo fluir del tiempo que curará inevitablemente todos los males», *op. cit.*, p. 298.

te injusto en los tribunales»<sup>17</sup>. La segregación y la violencia sobre los hombres por el color de su piel es una situación de extrema injusticia. En términos objetivos, *ahora* es el momento donde reina la extrema injusticia. Sin embargo, es en ese instante en el que la acción se vuelve impostergable. Ya no cabe aceptar resignadamente el ritmo del tiempo mítico de la opresión ni el progresivo de los moderados o tibios. La percepción aguda de la injusticia, la visión del pobre, ordena actuar creativamente, es decir, con libertad. Podemos definir la libertad como la acción humana que interrumpe la estructura temporal del mito.

Del mismo modo cabe leer la paradoja de las *Bienaventuranzas*: *Dichosos los que ahora pasáis hambre, porque os van a saciar. / Dichosos los que ahora lloráis, porque vais a reír*<sup>18</sup>; el «ahora» de la felicidad no indica que, de hecho, quienes pasan hambre sean por ello felices, sino que el desvelamiento de su rostro debe llevarnos a transformar inmediatamente su situación. De un salto, sin preparación ni continuidad. Este salto, la interrupción del tiempo, es lo que expresa la aparente paradoja entre el ahora y el futuro inmediato. La paradoja es el hecho de que quienes lloran puedan a la vez reír. Los que ahora sufren van a ser felices, deben dejar atrás su sufrimiento; quienes sufren la pobreza están a punto de verse liberados de ella. El momento de la justicia es ahora.

Esto muestra la necesaria relectura temporalizadora de la Biblia<sup>19</sup>. Durante demasiado tiempo hemos extraído artificialmente el mundo y el tiempo del mensaje bíblico. La influencia del platonismo en el nivel filosófico y de la gnosis en el nivel religioso, ha jugado en contra de la peculiar experiencia bíblica del tiempo. La tensión temporal propia del mesianismo está llamada a reactualizar el mensaje cristiano, volverlo *actual*, a saber, volver a la inminencia de un *acto* o una acción de efectos impredecibles<sup>20</sup>. La condición es abrir los ojos en la dirección adecuada.

---

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 298.

<sup>18</sup> Nueva Biblia Española, trad. L. Alonso Schöckel y J. Mateos, Cristiandad, Madrid, 1975.

<sup>19</sup> Cf. Johann Baptist Metz, *Zum Begriff der neuen politischen Theologie*, Grünewald, Mainz, 1997.

<sup>20</sup> Así también fe, esperanza y amor pueden ser comprendidos en su sentido de tensión temporal; cf. Daniel Barreto y Juan Francisco Comendador, «Tiempo del final y universalidad paulina. Una lectura de Giorgio Agamben», en *Almogaren* n° 53, ISTIC, pp. 175-183.